
Á LA MUERTE

Yo te saludo, oh muerte redentora,
Y en tu esperanza mi dolor mitigo,
Obra de Dios perfecta; no castigo,
Sino don de su mano bienhechora.
Oh de un día mejor celeste aurora,
Que al alma ofreces perdurable abrigo,
Yo tu rayo benéfico bendigo,
Y lo aguardo impaciente, de hora en hora.
Ante las plagas del linaje humano,
Cuando toda virtud se rinde inerte,
Cuando todo rencor fermenta insano,
Cuando al débil oprime inícuo el fuerte,
Horroriza pensar, Dios soberano,
Lo que fuera la vida sin la muerte!

DESALIENTO

Al cabo de seis años de agonía
Todo me cansa ya, todo me hastía:
Hasta el llanto que un tiempo me alivió.
Lleno estoy de estupor y de pereza,
Como el que al alba su jornada empieza
Y el sueño en larga noche no probó.
En mi ánimo confuso y turbulento,
Siempre, de pensamiento en pensamiento,
Tu dulce imagen vaga sin cesar,
Como en noche callada, triste y sola,
Melancólica vaga, de ola en ola,
La imagen de la luna sobre el mar.
Yo sé que Dios con su hálito podría
En el fondo leal del alma mía
Borrar tu imagen y extinguir mi amor.
Más ¡ay! para mi espíritu abatido,
A las lóbregas sombras del olvido
Prefiero el triste rayo del dolor;

Que si es terrible el ronco mar violento,
Cuando agitadas á merced del viento
Las verdes olas reventando van,
Más me horroriza el agua que, estancada
Por el árido cierzo congelada,
Resiste inalterable al huracán.

Sé que la saciedad la pena embota;
Sé que abusando, hasta el dolor se agota;
Sé que nada es eterno: ¡ni el amor!
Por eso, conteniendo el triste lloro,
Conservo mi ansiedad como un tesoro
Y como un beneficio mi dolor.

La vida sobre mí terrible pesa;
Y, entretanto, en el fondo de la huesa,
Sordo tu cuerpo á mi gemido está.
Mas nada hay fijo en la inconstante suerte:
Si hoy nos separa sin piedad la muerte,
La muerte al fin á unirnos volverá.

FE

Todo, Señor, publica tu existencia;
Todo tu gloria canta;
Y, si todo enmudece, la conciencia a
Tu imagen agiganta.

Su fe te rinde el hombre en quien despiertas,
Ya esperanzas, ya angustias;
Su olor te dan las rosas entreabiertas
Y las violetas mustias.

Tu alabanza pregoná con su arrullo
La tórtola en la olmeda,
Y una oración te eleva en su murmullo
La trémula arboleda.

Nadie, Señor, tu enojo desafía
Ni tu ira desconoce;
Y, al quererte burlar, la hipocresía
Tu imperio reconoce.

El malo, como el bueno, al invocarte
Se somete á tu yugo;
Y aspiran á ponerte de su parte,
Ya el mártir ya el verdugo.
A tí claman, Señor, la plebe opresa
Y el déspota vencido:
Tu auxilio imploran el león sin presa
Y el ruiseñor sin nido.
Todos á tu poder se supeditan,
Y, besando tu huella,
Todos, Señor, tu amparo solicitan
Con razón ó sin ella.
Y, si airado nos vuelves el semblante
Con ceño moribundo,
Trepida como un seno palpitante
La redondez del mundo.
¡Sólo el sabio á dudar de ti se atrevel
¡El, con saña ferina,
Ciego escupe á la fuente donde bebe
Y al sol que le ilumina!
No estudia el libro que á Moisés pasmado
Tu almo labio dictaba,
Ni el otro donde Newton admirado
Tu nombre descifraba.
Haciendo escarnio de la fe sencilla,
No sabe—¡oh vil recelo!—

Ni doblar en la tierra la rodilla,
Ni alzar la frente al cielo.
Si halla claras tus huellas inmortales,
Blasfemando se aleja.
Ve la miel rebosar en los panales,
¡Y aún duda de la abeja!

JULIO DE 1888.

OFRENDA

Emblema del dolor y la amargura
Que en mi pecho dejó la suerte esquiva,
 Esta flor, siempre viva,
Consagro á tu tranquila sepultura.
Nació en los camposignorada y sola;
 Su amarilla corola
No arrebató al jazmín la esencia pura,
 Ni al nardo la frescura,
Ni al clavel los colores encendidos:
 No halaga los sentidos;
¡Pero tenaz sin marchitarse dural

26 DE JUNIO DE 1888.

NOSTALGIA

Un cántico de amor y de esperanza
 Hierve en mi ardiente pecho:
A tí, Señor, mi espíritu lo lanza
 En lágrimas deshecho:
A las flores el llanto de la aurora
 Da vida en el estío:
Las lágrimas de amor que el hombre llora,
 Del alma son rocío:
¡Bendito Tú, Señor, que tal mudanza
 Diste á la pena mía,
Tornando en dulces horas de esperanza
 Mis horas de agonía!
En éxtasis divino arrebatado,
 Crece mi ardiente anhelo
Cada vez que contemplo embelesado
 Ese libro del cielo.

Leyendo lo que en él tu mano ha escrito,
Hora paso tras hora.
¡Siento una sed ardiente de infinito
Que el alma me devora!

*

¡Quién pudiera volar hasta esa esfera
De luz y de armonía!
¡Un alma, un alma amante allí me espera,
Que hermana es de la mía!

Desde que ella voló, yo aquí cautivo,
Su ausencia estoy llorando:
¡Nueve años hace que sin alma vivo,
Por ella suspirando!

A tí, callada tumba, á tí mi frente
Macilenta se inclina,
Como el ave del páramo á la fuente
Del agua cristalina!

¡Cuerpo, baja al sepulcro, que te espera
Como el mar á la nube!
¡Alma, remonta el vuelo á la alta estera!
¡Sube á los cielos, sube!

9 DE AGOSTO DE 1888. A MEDIA NOCHE.

RECUERDO

¡En mis brazos murió! Boca con boca,
Bebí anhelante su postrer aliento,
Que, aumentando por grados mi tormento,
Desde entonces el alma me sofoca.

Yo mismo la vestí. Mudo cual roca,
Sin lanzar uu gemido ni un lamento,
Cumpliéndole un sagrado juramento,
Negro manto le puse y blanca toca.

Hoy, cuando la amargura me enloquece,
Una dulce visión de aspecto santo
Con hábito monjil se me aparece.

Compasiva me mira; y cuando el llanto
Mis párpados cansados humedece,
Las lágrimas me enjuga con su manto.

FUENSANTA

I

ANTE SU FERETRO

Fué dulce como una poma,
Granada como una espiga,
Guardosa como una hormiga,
Mansa como una paloma;
Dió consuelo á todo afán,
Dió á toda orfandad abrigo;
Ni su pan negó al mendigo,
Ni ociosa comió su pan;
El bien buscó sin reposo,
Siempre en Dios la mente fija;
Fué hermana para su hija,
Fué madre para su esposo;
Y de virtud singular
Dejando ejemplo á los dos,

— 107 —

Hoy ante el trono de Dios
Es su santa tutelar.
No es necesario nombrarla;
Nombrarla fuera ofenderla;
¡ Quien una vez llegó á verla,
Con nadie á de equivocarla!

10 DE FEBRERO DE 1890.

II

UN AÑO DESPUES

A ANTONIO GRILO

Hoy hace un año que tu bien perdiste:
Doce hará pronto que perdí yo el mío;
Y desde entonces, con profundo hastío,
El alma llevo solitaria y triste.

No esperes que la calma reconquiste
Tu pobre corazón doliente y frío,
Ni que llene su báratro sombrío
Cuanto en el mundo material existe.

Tanto como el vivir dura esa cuita;
Y eterno fuera nuestro ardiente anhelo,
Si el alma, cuando atónita medita,
Sólo encontrara en el obscuro cielo
Esa serie de ceros infinita
Que describen los astros con su vuelo

10 DE FEBRERO DE 1891.

LAS CAMPANAS

Hay en el campanario cuatro ventanas,
Y en ellas suspendidas cuatro campanas.
Con voz aguda á veces y á veces grave,
Cosas hablan que el labio decir no sabe;
Pero, si atento escucho, bien pronto advierto
Que unas tocan á gloria y otras á muerto.
Dicen las dos menores: "¡Cantad victoria!
¡Hoy el alma de un niño vuelve á la gloria!
Dicen las dos mayores: "Hoy muda y grave
Va un alma desprendida. ... ¿Dónde?— ¡Quién sabe!"
Y así alternando tocan, en turno incierto,
Unas veces á gloria y otras á muerto.

Yo sé que, ya remotas ó ya cercanas,
Siempre he de oír las voces de las campanas,
Mas ¿quién sabe en su turno, siendo tan vario,
Qué tocarán los bronces del campanario?
Yo, por más que medito, jamás acierto
Cuándo ha de ser á gloria ni cuándo á muerto.

¿Qué importa? En los espacios desvanecido,
Su clamor siempre es eco de algún gemido:
Recordando en qué para la humana escoria,
Siempre al mundo repiten la misma historia;
Y, ya alegres, ya tristes, ello es lo cierto
Que, aunque toquen á gloria, tocan á muerto.

FEBRERO DE 1889.

ASPIRACION

*

Yo esperaba que Dios me dejaría
Gozar la paz de la vejez contigo,
Y que el sol de tu invierno me daría
Serena luz y bienhechor abrigo.

Yo esperé que la diestra soberana
Nos diera, en medio del tumulto humano,
Pasar como un hermano y una hermana
Caminando cogidos de la mano.

Yo esperé que corrieran nuestras vidas
Como van por oteros y por lomas
De dos en dos las tórtolas unidas,
De dos en dos unidas las palomas.

¡Oh mezquina esperanza malograda!
Hoy me deja el Señor, sordo á mi ruego,
Tras una juventud atropellada
Una vejez sin calma y sin sosiego.

¡Oh amor, fruto que tarde te sazona!
Tu acidez, tu aspereza, tu amargura
Diste á mi juventud;—y hoy me abandonas:
¡Hoy que empecé á gozar de tu dulzura!

¡Oh Dolores, oh esposa, oh compañera,
Consuelo de mi espíritu afligido,
Perder tu amor, que fué mi vida entera,
Es perder ¡ay de mí! cuanto he vivido!

Por eso, en mi dolor, con ruego vano,
Pronunciando tu nombre miro al cielo,
Y, sordo á todo llamamiento humano,
Morir, sólo morir, doliente anhelo.

*

En vano me repiten que es locura
Tanto amor, tanta fe, tanta constancia;
Que el dolor, si su alivio no procura,
Más que duelo es estéril arrogancia;
Que es heno toda carne; sueño breve
Toda vida; ilusión todo contento;
Toda humana esperanza nube leve
Disipada al furor del ronco viento;

Que es sacrilego el hombre si no inclina
La frente ante la diestra soberana,
Y que acatar la voluntad divina
Es la primera obligación humana.

Yo los dejo decir, y, en mi agonía,
Resignado recibo su sentencia:
Ellos saben allá su teología;
Yo no sé más que amar: ésa es mi ciencia.

Yo sólo sé decir que no me es dado
Sufrir sin queja tan profunda herida,
Y que es triste marchar solo y cansado
Por el árido yermo de la vida.

¿Decís que el tiempo calmará mi duelo
Y el eco extinguirá de mi querella?—
Pues bien, por eso sucumbir anhelo:
¡Porque quiero morir pensando en ella!

*

¡Oh! Mal conoce, quien me pide calma,
A ese Dios cuyo santo nombre invoca,
A ese elemento Dios que llena el alma
De amor y llanto cuando en ella toca.

¡Oh! Mal conoce el ignorante sabio
Al que, por dar remedio á nuestra herida,
Valeroso á la hiel aplicó el labio
Y en prueba de su amor nos dió su vida:

Al que encendió la redentora llama
Que el bien acendra y santifica el duelo;
Al que nos dijo:—“Amados, como os ama
Vuestro Padre inmortal que está en el cielo;”

Al que, en prenda de amor sacrificado,
El amor infinito reverbera,
Y, al duro leño de la cruz clavado,
Con los brazos abiertos nos espera.

No puede, oh Dios, tu voluntad sagrada
Querer que en sus congojas y pesares
Olvide el corazón la fe jurada,
La fe jurada al pie de tus altares;

Ni que amores ante ellos prometidos
Sean, como en las fieras, en nosotros,
Apetito brutal de los sentidos
Que, agotado un manjar, se ceba en otros.

Tiene tu Libro, que en el alma imprime
Consuelo para todos los pesares,
Un cantar que por tierno y por sublema
Se apellida el *Cantar de los Cantares*.

Y aquel idilio, que en acción sucinta
Recónditos misterios nos declara,
Cuando el amor de Dios y el alma pinta,
Al de esposo y esposa lo compara.

¿Cómo ha de ver mi amor con ceño duro
Quien lo ensalzó con símil tan hermoso?

Ni ¿cómo has de execrar amor tan puro
Tú que eres todo amor, Dios bondadoso?

Tan grande es tu ternura sin falsía,
Que nunca en vano la invocó mi anhelo:
Al pronunciar tu nombre, de alegría,
Sobre mi frente se dilata el cielo.

Tu amor es puro manantial suave
Que en todo vierte su raudal fecundo.
Quien no probó tu amor, de amor no sabe:
¿De quién sino de Tí lo aprende el mundo?

Claro como la clara luz del día,
Tu verbo en todo sin cesar penetra:
¡Oh brisa, oh bosque, oh mar, vuestra armonía!
No es una vana música sin letra!

Todo habla, y todo al par dice lo mismo;
Todo en una oración cifra su anhelo:
“¡Amor!” clama el reptil en el abismo;
“¡Amor!” repite el ángel en el cielo;

Y el sol, y las estrellas, y la luna,
Juntando sus plegarias al gemido
De tierra, viento y mar, cantan á una
El amor demandado y concedido.

*

¡Oh amor, oh santo amor, llama primera
Y última luz del alma congojada,

En la edad juvenil ardiente hoguera
Y hogar tranquilo en la vejez cansada!
¡Oh amor, que como el Fénix te eternizas
Por la virtud que en tí constante llevas,
Y si al fin te consumes en cenizas
De tus propias cenizas te renuevas!
¡Oh amor, oh santo amor, límpida fuente
De virtud, de ventura, de consuelo,
Que tienes en la tierra tu corriente
Y tu vena purísima en el cielo!
¿Qué es sin tí, qué es sin tí la humana vida?
¡Presa del vicio ó del dolor profundo!
¡Polvo seco ó materia corrompida!
¡Arido yermo ó lodazal inmundado!
Todo cuanto en la tierra vil se mueve,
Por su inercia nativa tiende al suelo:
Tú, amor, tú eres la fuerza á quien se debe
Que las almas graviten hacia el cielo.
Vana es la dicha que del mundo nace,
Breve el placer que el mundo proporciona:
Humo aquella que el ábrego deshace,
Flor éste cuyo fruto no sazona.
¡Oh amor, oh amor, tú sólo eterno duras,
Tú sólo das delicias verdaderas,
Y, rotas las mortales ligaduras,
Más allá de la tumba perseveras!

*

Esposa, cuando el alma que hoy delira
Calme la muerte que con ansia espero,
Y el triste pecho que por tí suspira
Al viento rinda el hálito postrero;
Cuando, cubierto por la verde alfombra
Del césped, este cuerpo adolorido
Abra los ojos á la eterna sombra
Y al eterno silencio abra el oído;
Cuando sobre él, despojo miserable
Sumido en las tinieblas del osario,
Tomen su eterna forma inalterable
Los inmóviles pliegues del sudario;—
Entonces, para el alma libre y pura,
Gloria será cuanto es tormento ahora:
Lágrimas que lloró la noche obscura
Perlas son en la frente de la aurora.
Entonces, en los ámbitos del cielo,
Donde apaga el dolor su agudo grito,
La mente humana sin humano velo
Contemplará lo eterno y lo infinito;
¡Y entonces te veré!—Pero ese día
¿Cuándo, al fin, llegará? ¿Cuándo?—¡Qué importa!
¡Para el que espera el bien y en Dios confía,
La eternidad es corta!

RESTITUCION

*

Estas pobres canciones que te consagro,
En mi mente han nacido por un milagro.
Desnudas de las galas que presta el arte,
Mi voluntad en ellas no tiene parte:
Yo no sé resistirlas ni suscitarlas;
Yo ni aún sé comprenderlas al formularlas;
Y es en mí su lamento, sentido y grave,
Natural como el trino que lanza el ave.
Santas inspiraciones que tú me envías,
Puedo decir, esposa, que no son mías:
Pensamiento y palabra de ti recibo;
Tú en silencio las dictas, yo las escribo.

*

Desde que abandonaste nuestra morada,
De la mortal escoria purificada,
Transformado está el fondo del alma mía,

— 119 —

Y voces oigo en ella que antes no oía.
Todo cuanto, en la tierra y el mar y el viento,
Tiene matiz, aroma, forma ó acento,
De mi ánimo abatido turba la calma
Y en canción se convierte dentro del alma.
Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,
Todo está confundido con tu recuerdo:
¡Sin él, todo es silencio, sombra y vacío
En la tierra y el viento y el mar bravo!

*

Revueltos peñascales, áspera breña
Donde salta el torrente de peña en peña;
Corrientes bullidoras del claro río;
Religiosos murmullos del bosque umbrío;
Tórtola que en sus frondas unes tus quejas
Al calmante zumbido de las abejas,
Aguila que te ciernes en corvo vuelo
Por el azul espacio que cubre el cielo;
Golondrina que emigras cuando el Octubre
Con sus pálidas hojas el suelo cubre,
Y al amor de tu nido tornas ligera
Cuando esparce sus flores la primavera;
Aura mansa que llevas en vuelo tardo,
Efluvios de azucena, jazmín y nardo;
Brisas que en el desierto sois mensajeras
De los tiernos amores de las palmeras:—
¡De las pobres palmeras que separadas

Se miran silenciosas y enamoradas! —
Pardas nieblas del valle, nieves del monte,
Cambiantes y vislumbres del horizonte;
Tempestat que bramando con ronco acento
Tus cabellos de lluvia tiendes al viento;
Solitaria ensinada, restinga ignota
Donde oculta su nido la gaviota;
Olas embravecidas que pone á raya
Con sus rubias arenas la corva playa;
Grutas donde repiten con sordo acento
Sus querellas y halagos la mar y el viento;
Velas desconocidas que en lontananza
Pasais como los sueños de la esperanza;
Nebuloso horizonte, tras cuyo velo
Sus límites confunden la mar y el cielo;
Rayo de sol poniente que te abres paso
Por los rotos celajes del triste ocaso;
Melancólico rayo de blanca luna
Reflejado en la cresta de escueta duna;
Negra noche que dejas de monte á monte
Granizado de estrellas el horizonte;
Lamento misterioso de la campana
Que en la nocturna sombra suena lejana,
Pidiendo por ciudades y por desiertos
La oración de los vivos para los muertos;
Plegaria que te elevas entre la nube
Del incienso que en ondas al cielo sube
Cuando al Señor elevan himnos fervientes

Santos anacoretas y penitentes;
Catedrales ruinosas, mudas y muertas,
Cuyas góticas naves hallo desiertas,
Cuyas leves agujas, al cielo alzadas,
Parecen oraciones petrificadas;
Torres donde por cima de la veleta
Que á merced de los vientos se agita inquieta,
Señalando regiones que nadie ha visto
Tiene inmóvil sus brazos la cruz de Cristo:
Luces, sombras, murmullos, flores, espumas,
Transparentes neblinas, espesas brumas,
Valles, montes, abismos, tormentas, mares,
Auras, brisas, aromas, nidos y altares,—
Vosotros en el fondo del alma mía
Despertáis siempre un eco de poesía,
Y es que siempre á vosotros encuentro unido
El recuerdo doliente del bien perdido.
Sin él, ¿qué es la grandeza, qué es el tesoro
De la tierra y el viento y el mar sonoro!

*

Ya lo ves: las canciones que te consagro,
En mi mente han nacido por un milagro.
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo:
Por eso á tí, de hinojos, las restituyo.
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
Sin su verdor el alma desnuda queda!

Pero nó, que aún te deben mis desventuras
Otras más delicadas, otras más puras:
Canciones que, por miedo de profanarlas,
En el alma conservo sin pronunciarlas;
Recuerdos de las horas que, embelesado,
En nuestro pobre albergue pasé á tu lado
Cuando al alma y al cuerpo daban pujanza
Juventud y cariño, fe y esperanza;
Cuando lejos del mundo parlero y vanó,
Ibamos por la vida mano con mano;
Cuando, húmedos los ojos, juntas las palmas,
En una se fundían nuestras dos almas:
Canciones silenciosas que el alma hieren;
Canciones que en mí nacer y que en mí mueren;
¡Hechizadas canciones, con cuyo encanto
A mis áridos ojos se agolpa el llanto!
Y aun á veces aplacan mis amarguras
Otras más misteriosas, otras más puras:
Canciones sin palabra, sin pensamiento,
Vagas emanaciones del sentimiento;
Silencioso gemido de amor y pena
Que, en el fondo del pecho, callada suena;
Aspiración confusa que, en vivo anhelo,
Ya es canción, ya plegaria que sube al cielo;
Inquietudes del alma, de amor herida;
Vagos presentimientos de la otra vida;
Extasis de la mente que á Dios se lanza;
Luminosos destellos de la esperanza;

Voces que me aseguran que podré verte
Cuando al mundo mis ojos cierre la muerte:
¡Canciones que, por santas, no tienen nombres
En la lengua grosera que hablan los hombres!
Esas son las que endulzan mi amargo duelo;
Esas son las que el alma llaman al cielo;
Esas de mi esperanza fijan el polo,
¡Y esas son las que guardo para mí solo!

OCTUBRE DE 1888.